

escrito con las enseñanzas orales vertidas por el filósofo en aquella ocasión. En este aspecto, la inquina antiheideggeriana de Farías obra como un *boomerang* que se vuelve en su contra, porque cualquier lector imparcial de su introducción a este libro tiene todo el derecho de desconfiar seriamente de la idoneidad de alguien que se atreve a publicar una pieza de esta índole destilando la animadversión enardecida de la cual Farías hace gala en cada uno de sus renglones.

Mario Enrique Sacchi

HÉCTOR DÉLFOR MANDRIONI, *Pensar la técnica. Filosofía del hombre contemporáneo*. Editorial Guadalupe. Buenos Aires 1990. 264 páginas. ISBN 950-500-238-2.

La tecnociencia se ha instalado en la historia contemporánea con una fuerza avasalladora que no excluye la posibilidad de su empleo insensato por parte de quienes ven en ella el mecanismo eficaz para ejercer un dominio despótico de la vida humana. El autor hace suya la necesidad de interpretar el significado de la tensión que emerge entre las exigencias del espíritu y aquella fuerza que ha irrumpido en nuestro existir como un dechado de máxima racionalidad, pero no menos proclive a redundar en consecuencias catastróficas para el destino del hombre y de la sociedad. El desafío está planteado. El espíritu no resiste el someterse servilmente a este nuevo poder. La condición del hombre a merced de la técnica es dramática, lo que no quiere decir desesperante. La técnica es una invención humana, de donde la necesidad de que el propio hombre enfrente las consecuencias del descontrol de su ingenio tecnofactivo. De ahí la misión de la filosofía en esta hora: «La palabra filosófica es necesaria e imperativa y, a su modo, también “decisiva”; pero para que esta palabra se vuelva “decisiva” en plenitud se necesita la correspondiente respuesta de la libertad humana». De más está pedir auxilio al pensamiento relativista hoy en auge, pues se lo advierte sin dificultad «falto de un firme convicción ética en el valor de las normas y huérfano de toda auténtica apertura a la verdad». Es tarea del filósofo, munido de una inteligencia metafísica, el esclarecimiento de cuándo «hay que decir “sí” a la técnica y en qué sentido es preciso decirle “no”» (p. 8).

Los peligros de la técnica que ha posibilitado el desarrollo formidable del armamento nuclear se avizoran con claridad en el marco de un panorama político donde la racionalidad tecnocrática y la voluntad de poder muestran más propensión a sembrar el miedo a una catástrofe irreparable que a ordenar la convivencia de los pueblos en la paz. Mandrioni censura con energía la concepción de la disuasión política basada no en «razones», sino en los temores mutuos de las superpotencias atómicas, lo que pone al descubierto, si no el fracaso, sí al menos la fragilidad de un equilibrio político dependiente de la técnica, toda vez que «la tecnociencia en su aplicación bélica se muestra ambigua porque, hecha para matar, termina impidiendo matar. Salvamento precario e incierto, pero mientras tanto real, capaz de defender, dentro del entramado irracional de las relaciones humanas, la vida sobre la tierra» (p. 16a). Este juicio de Mandrioni, sin embargo, parece no haber tenido en cuenta un suceso que obliga a reconsiderar su contenido, por cuanto ha sido emitido después del desenlace de la política de disuasión nuclear que ha caracterizado el desenvolvimiento de la llamada *guerra fría*, al punto tal que la mayor capacidad de disuasión de uno de los contendientes ha culminado en una victoria militar incruenta gracias al reconocimiento de su superioridad tecnológica por parte del enemigo, lo cual ha resultado sensiblemente benéfico en comparación con los efectos que hubiera tenido el estallido de una contienda armada para dirimir el conflicto. Si los riesgos de la carrera por la supremacía del poderío bélico siempre son

imponderables, no se puede negar que en dicha circunstancia se ha impuesto una racionalidad política que ha excedido largamente los intereses meramente tecnocráticos de quienes han sobrellevado la responsabilidad de neutralizar la amenaza de una hecatombe nuclear. Concordamos con el autor en el *desideratum* de que el orden internacional no repose en el juego de este peligroso y endeble equilibrio: «La solidaridad y la generosidad en el amor es el poder más grande de disuasión; a su lado la disuasión generada por el miedo del poder atómico no es más que una sombra siniestra. Mientras éste sea el único medio para impedir la catástrofe, ése será también el signo de la maldición que todavía pesa sobre nuestra estirpe» (p. 25b). Es éste, sin duda, el juicio de un filósofo, pero no lo ha de ser, seguramente, el de los estadistas, cuya regla de conducta no reposa en un mero *desideratum*, sino en la observancia prudencial de las contingencias que les cabe afrontar durante el ejercicio de su ministerio político. No obstante, así como el orden pacífico de las repúblicas demanda una elevada perfección espiritual de los hombres, una perfección que en absoluto viene garantizada por el uso del poder tecnológico, así también es menester que escuchemos la voz de la experiencia histórica, la cual enseña profusamente que las utopías irenistas han sido el fermento de las guerras más atroces y despiadadas que haya padecido la humanidad, sobre todo en el siglo XX. Creemos, por tanto, que no se puede reprobar *in genere* el recurso político a la disuasión sostenida en el poderío tecnológico de las estructuras militares, ya que el obrar de los gobernantes depende directamente del mencionado canon prudencial y no de un juicio abstracto sobre el modo en que deseáramos se desenvolviera la vida social de los hombres y de las naciones. Por otra parte, la condición actual de la naturaleza humana —que es aquélla que actúa como principio de las acciones de los hombres en su comportamiento mundano concreto— no da pie para que sigamos soñando con que esta tierra pueda algún día convertirse en un paraíso. Interín, el recurso al poderío castrense como factor disuasivo, que en gran parte se sustenta en el desarrollo de la tecnología, es un procedimiento que no puede ni debe desestimarse, sino que requiere su correspondiente regulación moral; una regulación, desde ya, que no concierne solamente a los estadistas, como que la vida moral no se halla sujeta ni primaria ni esencialmente a los dictámenes de los poderes políticos.

Mandrioni insiste en la condición ambigua que presenta la técnica. Para comprenderla, sería menester que la encuadremos en el horizonte del mundo y de la naturaleza. El problema estriba en arrancar de una concepción satisfactoria de estas dos cosas. Pero, ¿qué son el mundo y la naturaleza? De ambas cosas Mandrioni nos ofrece las siguientes descripciones: «Se puede afirmar que el “mundo” es lo *humano* en el “Todo”. O, con mayor rigor, es pertinente decir más bien que el “mundo” es lo humano del “Todo”. Naturaleza y mundo se comprenden como tales y se distinguen articulados en el “Todo”. Llamamos “mundo” a lo ya humanizado de la “naturaleza”; a todas aquellas regiones ya colonizadas por la presencia del hombre; a todo aquello que de alguna manera, inmediata o mediata, cercana o lejana, percibida, imaginada o pensada, ha ingresado en el área ya sensibilizada por la conciencia o acción o presencia humanas». Mas convengamos en que es muy difícil asentir a un croquis del mundo entendido como una zona antropomorfizada de la extensión cuantitativa del Todo. Tampoco nos suena convincente la reducción de la naturaleza a algo puramente extranjerizado de lo humano, o sea, a «aquél sector de la realidad que aún no alcanzó a ingresar en la zona del yo» (p. 29ab), pues si así fuese, ¿dónde colocar la misma naturaleza del hombre, la cual, entre otras cosas, es el principio propio de nuestro obrar? Los esfuerzos del autor enderezados a aventar toda complicidad con el idealismo mueven a sospechar que las descripciones precedentes congregan más alegorías que nociones decantadas por el crecimiento del conocimiento científico. La ciencia positiva nos brinda hoy una imagen del mundo que no depende tanto de la objetividad o del en sí de las cosas mismas, sino preferente-

mente del ímpetu operacional y fabril de un hombre más preocupado en construir artefactos que en contemplar la verdad del ser; pero es digno de recordar que la ciencia por antonomasia no consiste ni se agota en la fisicomatemática que sirve de fundamento de la tecnología contemporánea. Por eso no es fácil probar que el abandono y aun la pérdida de la inteligencia del ser del ente puedan imputarse principalmente a la avalancha tecnológica de nuestro tiempo, tal como Heidegger lo ha pregonado en la última etapa de su carrera filosófica, ya que hay indicios suficientes de la responsabilidad previa de un desconcierto ontológico que ha subvertido la ordenación natural del conocimiento y del obrar artefactivo del hombre a través de un proceso espiritual en el cual la técnica, en cuanto tal, no ha tenido una intervención determinante, si es que ha tenido alguna.

La existencia humana se realiza en diversos «espacios». Numerosos filósofos se han ocupado de ellos (Husserl, Minkowski, Heidegger, Merleau-Ponty, Patocka, Pöggeler). La técnica tiende a llenarlos de artefactos que oscurecen el entorno natural donde estamos convocados a vivir, lo que no es un motivo válido para desentenderse de su utilidad cuando se subordina a los intereses superiores del hombre: «El ideal se encuentra en esa dirección y objetivo: una vinculación cada vez más estrecha entre la cosa técnica y la cosa viva. Hoy ya no suena a contradicción postular una tecnificación de la vida y una vivificación de la técnica» (p. 67b). Tales «espacios» no son solamente de índole física, sino incluso moral y económica, como los «espacios» de opulencia del hemisferio Norte y de marginalidad y pobreza en el Sur (pp. 67b-70a). La filosofía afronta la necesidad de hacer oír su palabra para la reorientación de la técnica en vistas a la superación de esta clase de desniveles y de injusticias. Los «espacios dispensadores» pueden ser cubiertos por una cultura que aproveche las bondades de la tecnociencia, pero sólo en tanto ésta no ose invadir el «espacio metafísico» que nos comunica con un orden trascendente, al que no podemos acceder mientras el engolfamiento pragmático en los productos de la técnica nos retacee la marcha franca hacia el «espacio escatológico» (pp. 70a-91b).

La penetración de la tecnociencia en la vida política es patética. La forma más divulgada de esta tecnificación del estado la hallamos en las superestructuras ideológicas. La misma ingerencia de la técnica en las comunidades cíviles ha terminado erigiéndose en una ideología, pudiéndose hablar también de una «politización ética de la tecnociencia» que no excluye ni siquiera la organización del aparato pedagógico estatal como un instrumento de concientización para dar cumplimiento a las ambiciones de dominio y control de las sociedades. Aquí nos es permitido apreciar hasta qué grado la tecnología reciente provee una eficacia fiscalizadora asombrosa a los elencos gobernantes. Pero este empleo progresivamente deshumanizado del pragmatismo tecnológico no augura ninguna perspectiva halagüeña para el futuro de la vida del hombre en las ciudades. La remoción de sus vicios intrínsecos «necesita de la irrupción en el mundo del genio moral-religioso, capaz de revelar de una manera viva, no abstracta, una plenitud axiológica que de tal manera apele a la mente y al corazón de los hombres que los induzca a la renuncia de sus antiguos deseos y preferencias, y a aceptar vivir en libertad según las nuevas reglas preferenciales. Sólo a partir de esta premisa se podrá comenzar a entrar en una sociedad libre de las ilegítimas coacciones» (p. 160b).

El examen del «ser de la técnica», título del capítulo VI del libro, da lugar a que en realidad se trate de la «esencia de la técnica». Heidegger nos ha suministrado una «ontología de la técnica» (pp. 167a-181b). En la obra de Jean Ladrière, en cambio, nos topáramos con una «metafísica de la técnica» (pp. 182a-194b). No obstante el prolijo estudio dedicado al pensamiento de ambos autores sobre la técnica, el autor no ha subrayado el carácter contingente de las manifestaciones históricas que exhibe la técnica en los escritos de Heidegger y Ladrière. Los dos filósofos se han constreñido a una versación acerca del aquí y ahora del fenómeno tecnológico cuya historicidad dista bastante de reflejar todo el portento es-

condido en la virtud de la *recta ratio factibilium*. La técnica no puede ser asimilada unívocamente a la capacidad de dirigir las operaciones fabriles del hombre que brega en pos de la adquisición de bienes materiales signados por la utilidad, pues con no menos derecho su noción también se predica, si bien no primariamente, de las artes liberales y de las denominadas *artes de lo bello*, a las que en absoluto se puede endilgar la tenebrosidad del uso desordenado de otras clases de técnicas. El empobrecimiento del concepto de técnica a manos de estos pensadores de nuestros días y su sujeción a la consideración de la problemática de la maquinización del obrar y de la vida humana, derivada del empleo irreverente de determinados artificios tecnológicos, ha fecundado en una visión unilateral y bastante restringida de este fenómeno que no permite captarlo más allá de su condición de mero acontecimiento histórico, lo que parece obstaculizar seriamente las posibilidades de que por este camino se pueda arribar con felicidad a una aprehensión del «ser» o de la «esencia» de la técnica. En tal sentido, es notorio que una comprensión adecuada de este punto exige de antemano el remontar las estrecheces de los enfoques de Heidegger y Ladrière, los cuales, en nuestra opinión, han hablado de la técnica en términos que virtualmente la han disminuido al campo de la ingeniería.

El libro de Mandrioni encierra reflexiones importantes sobre cuestiones promovidas por el despliegue actual de la tecnología, que con razón preocupan a los espíritus embarcados en un rechazo franco de las inclinaciones a instrumentarla con procedimientos y fines que no excluyen una dosis alarmante de perversión, según lo palpamos a través de nuestra experiencia cotidiana. Por este lado, es indispensable que esa preocupación consiga despejarse de su reclusión a una mirada en derredor de la técnica humana limitada a la fenomenalidad fragmentaria y contingente con que hoy se yergue ante nuestros ojos la imponente acumulación de artefactos ideados y construidos por el hombre. El texto de la obra reseñada señala con justicia que el principio de una visión acertada de la significación de la técnica implica que nos cercioremos de que la creatura racional no es ni primordial ni substancialmente el *homo faber*.

Mario Enrique Sacchi

CARLOS IGNACIO MASSINI CORREAS (compilador), *Ecología y filosofía*. Edium. Mendoza 1993. 190 páginas.

Se trata de un volumen colectivo en el que Carlos I. Massini ha compilado las actas del Primer Simposio Internacional sobre Ecología y Filosofía, organizado por la Universidad de Mendoza, en la ciudad homónima, entre el 24 y el 26 de septiembre de 1992. El prólogo, a cargo del compilador, hace el recuento de los hechos de esos días. A continuación, se recoge el discurso que, con motivo de la iniciación del Simposio, pronunció el rector de la Universidad de Mendoza, Ing. Salvador M. Puliafito. En el mismo destaca la importancia de realizar un enfoque filosófico de la cuestión ecológica y pone de relieve los conceptos de «utilización conservante del medio ambiente» y de «imitación de la naturaleza en la optimización de los recursos, propia de los procesos de transformación antrópica del medio ambiente». Siguen luego las conferencias del Simposio. La primera es de Rafael Alvira, que en aquel entonces era el decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Navarra y profesor de la misma. El Dr. Alvira comienza señalando que era característica de la antigüedad el enraizamiento del hombre en la casa y la concepción del trabajo como ayuda o imitación de la naturaleza. El pensamiento moderno procura liberarse del «fijismo» de la casa y la naturaleza, mediante una vida independiente y una creatividad libre. En eso cifra